

LOS VIAJEROS ROMÁNTICOS INGLESES POR LAS ISLAS BALEARES

J.M. Fiol Guiscafré

El viaje y el impulso de escribir.

Sorprende a primera vista que a finales del segundo milenio los libros de viajes sigan brotando lozanos en los catálogos de los editores. No se entiende que en la era de la comunicación audiovisual basada en soportes electrónicos y cuando el libro como medio de transmisión de conocimientos parece seriamente amenazado de muerte, haya todavía quienes se empeñen en poner sobre papel impreso las emociones que les ha provocado la eterna aventura de viajar. Parece claro que nadie dudaría a la hora de elegir entre una buena grabación en vídeo de los avatares de un viaje o su correspondiente narración escrita.

Pero esto no es así, y la narrativa de viajes tiene sus cultivadores y, lo que es más importante, también sus lectores. Quizá la explicación resida en que la necesidad de contar lo que uno ve cuando viaja corresponde a uno de los impulsos más viejos entre los que dan origen al oficio de escribir. Hay historiadores de la literatura que, sin empacho alguno, clasifican la Biblia como un magno libro de viajes.

Podríamos decir que, dentro de la historia de la literatura narrativa, cuando alguien, por necesidad o por gusto, decide coger la pluma y enfrentarse con el papel en blanco lo hace siempre empujado por uno de estos anhelos básicos.

El deseo de reflejar fielmente, casi a modo de acta notarial, el mundo y el tiempo en que vive y que conoce bien con el objeto de dejar constancia de todo ello. Para algunos esta es la razón última de la novela auténtica, que no puede ser sino contemporánea del autor.

Luego, la irresistible necesidad de contar a nuestros conciudadanos el descubrimiento de nuevos lugares, nuevas gentes y nuevas costumbres, que se

produce al alejarnos de nuestra tierra cuando nos lanzamos a la espléndida aventura del viajar. Pocas emociones empujan con tanta fuerza a empuñar la pluma con pasión. Esto explicaría la vitalidad, aparentemente paradójica, de que disfruta todavía hoy el género de la narrativa de viajes.

Por último, el afán de fabular, inherente también a la naturaleza humana. El gozo de entregarse a la fantasía y la consiguiente creación de nuevos mundos, los cuales, claro está, surgirán siempre de las entrañas del autor. Muchas y diversas causas pueden llevar al escritor a tomar este camino, desde los motivos filosóficos más oscuros y complejos hasta la razón más simple, y a la vez más alta, para escribir y también para leer un libro; la de la diversión y el placer que produce el narrar u oír una historia bella o interesante.

No se me oculta la apariencia simplista de estas consideraciones, pero, después de alguna reflexión, pocas obras de narrativa podrán ser excluidas de estas motivaciones y en muchos casos participarán de más de una de ellas.

Por todo esto no cabe duda que la literatura de viajes arranca de las raíces del árbol de la escritura y tiene su origen en una de las más viscerales emociones humanas. La relación de un viaje es, pues, una de las ramas del oficio de escribir en estado puro. La historia literaria nos demuestra con multitud de ejemplos que si sobre viajero, se es escritor, es prácticamente imposible sustraerse a la tentación de trasladar al papel las impresiones de cualquier periplo. Camilo José Cela en español o Josep Pla en catalán, el inglés Evelyn Waugh, el francés Hippolyte Taine o el norteamericano Paul Theroux, todos ellos han cultivado este género. No es fácil encontrar profesionales de la literatura que, habiendo viajado, no cuenten en su producción con algún libro de viajes. Los libros de viajes son consustanciales con la naturaleza humana; por eso siguen respirando.

Los viajeros y los libros de viajes.

Así, a nadie sorprenderá que la historia de los libros de viajes haya andado paralela a los pasos de la humanidad. Su contenido, estilo, y hasta su apariencia como objeto han cambiado adaptándose a las circunstancias. También las motivaciones del viajero han sufrido variaciones a lo largo de los siglos.

Hasta hace pocos decenios el placer contaba bien poco entre las razones del que viajaba, quien casi siempre lo hacía por necesidad. Se viajaba buscando comercio, o por orden de los gobernantes, huyendo del hambre o de la muerte, o por afán de descubrimientos geográficos o científicos, o por motivos de salud. Por muchas y diversas causas, entre las que casi nunca estaba la pura distracción. Los libros que trataban únicamente del hecho de viajar eran también raros; los autores redactaban informes económicos, tratados de botánica, descripciones geográficas o manuales de zoología. Pero también era imposible que algunas noticias más subjetivas y otras más propias de la narrativa de viajes no encontraran cabida en aquellos libros.

Es a partir del siglo XVIII cuando el libro de viajes se especializa. Las

comunicaciones mundiales han dejado de ser el privilegio de unos pocos aventureros y exploradores y la oportunidad de desplazarse se abre a un abanico más amplio de viajeros. Entonces el geólogo comienza a ceñirse a sus piedras y el estudioso de la arquitectura a limitarse a las suyas. Es entonces cuando empiezan a surgir libros que tratan solo de los sucesos y las emociones del viaje. Esta especialización del libro de viajes no le resulta en absoluto perjudicial, antes al contrario, la narrativa viajera entra en su era de máximo esplendor.

El siglo XIX es la edad de oro del libro de viajes. Aparecen lujosos volúmenes en pastas editoriales de rica tela o plena piel ornados con planchas secas y filetes de oro. Proliferan los generosos formatos que proporcionan amplio campo de lucimiento a las nuevas técnicas de reproducción de ilustraciones; el grabado en plancha de acero alcanza una perfección no superada ni con antelación ni con posterioridad, lo mismo sucede con la litografía; se empieza a contar con la ayuda del exacto daguerrotipo, aunque todavía huérfano de definición.

Aquellos exquisitos libros de viajes decimonónicos hicieron que muchos lectores fueran transportados a los más lejanos lugares del globo desde la butaca de su sala de estar y han quedado entre nosotros para gozo de bibliófilos y codicia de coleccionistas.

Pero al mismo tiempo en que se hacía más atractivo viajar sin sacar las piernas de la mesa camilla también se hacía más fácil hacerlo en la realidad.

Desde finales del siglo XVIII entre las clases altas británicas se impuso la costumbre de enviar a sus herederos a dar una vuelta por el continente europeo, sin duda con la intención de airear con un poco de mundo el siempre atufado carácter de los isleños. Le llamaban *the Grand Tour*, y era parte fundamental de la formación de toda persona distinguida. A mediados del siglo pasado este viaje se puso al alcance de clases más modestas. En 1841 el reverendo Thomas Cook, un misionero baptista, contrató un tren especial desde Leicester a Loughborough para llevar a sus feligreses a un encuentro en pro de la templanza. Fue la primera excursión en tren en ser anunciada publicitariamente y su éxito fue tal que se repitió anualmente. En 1855, el año de la Exposición Universal de París, el reverendo transportaba pasajeros desde Leicester a Calais, Francia. Al año siguiente organizó y se puso al frente, como conductor y guía, de su primer *Grand Tour of Europe*. A la vez que nacían el que hoy conocemos como turista y el viaje organizado, también iniciaba su andadura la agencia de viajes conocida internacionalmente como *Thomas Cook & Son*.

Con la aparición del turista, palabra cuya etimología tiene mucho que ver con los *tours* mencionados, se hizo patente la necesidad de otro tipo de libro de viajes. Un libro que fuera inventario sistemático de los monumentos y bellezas dignos de ser vistos y que a la vez ilustrara sobre su historia. Además debía informar de los medios de transporte para llegar a los lugares y donde dar reposo y alimento al cuerpo del trotamundos. Y sobre todo esto, a diferencia de los tomos de viajes al uso, debía ser ligero para no estorbar en el macuto, y estar robustamente encuadernado para sobrevivir rudo trato y precipitada consulta. En fin, a la rama

de la literatura de viajes le había salido un brote llamado guías de viaje.

En 1865 apareció el *Bradshaw's Illustrated Handbook of Spain* de Richard S. Charnock, que formaba parte de la conocida serie de guías Bradshaw y en el que constaban las Islas Baleares. Las islas aparecieron también por vez primera en la cuarta edición, la de 1869, de *A Handbook for Travellers in Spain* de Richard Ford, autor de célebres guías que editaba John Murray, notable editor inglés del diecinueve, uno de los supervivientes de la era patriarcal del negocio editorial que conjugaba al mecenas literario con el hombre de negocios y capitalista.

Localmente, ya se había editado en Palma, en 1845, *Le cicerone français à Palma de Majorque* de Jaume Cabanellas y en Maó en 1864 la *Guía de forasteros de Menorca* de Josep Hospitaler. En la península la primera guía de las Baleares en aparecer fue, con este mismo título, la de Emilio Valverde en Madrid, 1889; aunque el mismo autor ya había incluido a las islas en su *Nueva guía del viajero* de 1886.

La aparición de las guías provocó la bifurcación de las clases de libros de viajes justamente cuando estos se encontraban en su más dulce momento. El libro de viajes se fue desnudando de información precisa y objetiva sobre los lugares visitados, dejando esta parcela para las guías, y se fue enriqueciendo en la transmisión de los sentimientos más íntimos del autor a la vez que las gentes que poblaban los paisajes motivo de descripción iban cobrando más relieve y definición en detrimento de la descripción de monumentos, que tradicionalmente había venido siendo sujeto principal de los escritos viajeros. El libro de viajes se humanizó, salió reforzado de la prueba y su vitalidad quedó fuera de dudas.

La fascinación y el encanto de los libros de los viajeros son tales que siempre han sido objeto de colección. Y aún más los que tratan de una isla o de un archipiélago. Un viaje a través de una ruta continental deja siempre la sensación de haber dejado horizontes sin gozar, pequeños rincones y aún vastedades sin aprehender. En una isla, por contra, el vagabundo tiene la impresión, que no necesariamente se corresponde con la verdad, de no haber dejado ningún recoveco sin contemplar, ningún manjar por gustar ni ningún vaso de vino por beber. Las islas son pequeños universos que todo lo contienen y que pueden ser del todo apurados. No en vano algunas escuelas de geografía estudian las islas evitando cualquier conexión con los continentes como recurso para llegar a descubrimientos y averiguaciones que de otro modo permanecerían ocultos. Este poder hipnótico de las islas espolea por igual al escritor a narrar su viaje, al lector a leerlo, y hasta al coleccionista a juntar una biblioteca sobre una isla o varias. He conocido a más de un amante de los libros quien, sin ningún nexo de relación con las Baleares y aún siendo de tierras bien lejanas, al llegar a sus manos un tomo sobre las islas, iniciara con este primer ejemplar una biblioteca balear que iría aumentando a lo largo de los años proporcionando a su poseedor placer y orgullo infinitos. Tal fue el caso del profesor Thorvald Solberg que, no contento con empezar su colección particular, publicó un breve estudio bibliográfico¹.

Posiblemente es por mor de esta fascinación que producen las islas en el viajero que las Baleares tienen el privilegio de gozar de una riqueza bibliográfica desproporcionada. Algunas tierras con más peso específico en la historia, o de más recursos naturales, o de mayor extensión, no pueden reunir una biblioteca nacional tan variada, bella y abundante. La conocida guía de bibliografías *Guide to Reference Books* de Chicago, ordenada por países y por orden alfabético, en su décima edición (1986 y siguientes) otorga una entrada independiente a Mallorca, acunada entre *Malaysia* y *Mexico*.

El siglo XIX, la era dorada de los libros de viajes, y las Islas Baleares.

La casualidad quiso que el momento más alto del libro de viajes, tanto por la belleza de su presentación como por la riqueza de su contenido, coincidiera con el descubrimiento del paraíso paisajístico balear por parte de la intelectualidad europea. Durante el pasado siglo vió la luz un alud de libros capaces, cada uno de ellos y por sí solos, de constituirse en piezas estelares de cualquier colección.

En 1807 André Grasset de Saint-Sauveur publicó su *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses*, un informe exhaustivo sobre las islas que, como comisario de relaciones comerciales, supuestamente le había encargado Napoleón. Un libro ornado con preciosos grabados y un éxito editorial, ya que al año siguiente fue traducido al inglés y al alemán y más tarde al italiano (Milán, 1823-25).

De 1801 a 1808 el ilustre desterrado Gaspar Melchor de Jovellanos legó una aportación ingente y erudita a la bibliografía balear. Los del asturiano quizá sean libros difíciles de colocar en un anaquel rotulado "libros de viajes" sin que nos asalten razonables dudas, empero ningún compilador se atrevería a excluirlos de un listado de los libros baleáricos relevantes del siglo XIX.

Unos años después, la estancia de los prisioneros franceses de las guerras napoleónicas en el islote de Cabrera entre 1808 y 1814 causó la aparición de un diluvio de memorias en Francia. Memorias más centradas en la vivencia personal de los supervivientes que en la tierra que acogió su cautiverio, pero que, sin ninguna duda, contribuyeron al conocimiento del archipiélago en el continente europeo.

Pero el pistoletazo de partida de la carrera de la fama paradisíaca del paisaje balear, cuyas consecuencias se extienden hasta la explosión del turismo del tercer cuarto de este siglo, lo dió la Baronesa Amandine Aurore Lucie Dudevant, conocida por George Sand, quien, acompañada del compositor Fryderyk Chopin, pasó en Mallorca el invierno de 1838 a 1839. El prestigio de la novelista francesa en las letras europeas era extraordinario y su imagen de mujer independiente y libre, revolucionaria, romántica y renovadora, empeñada en la demolición del antiguo régimen despertaba pasiones. Y no siempre a favor, como se vió con el trato que los isleños prodigaron a la pareja, aunque, contrariamente a lo que se cree, la pobre hospitalidad provino más de la bienpensante aristocracia conservadora aterrada ante las ideas liberales de la escritora que del pueblo secularmente

tolerante, levemente sorprendido, eso sí, por su escandalosa circunstancia personal. Comoquiera que fuese, Sand ensalzó el paisaje, quizá inadvertidamente, mientras denostaba con furor el paisanaje. Y se dió la paradoja; un libro escrito con el afán de divulgar lo peor de una tierra se convirtió en un folleto de promoción turística que ningún amante entusiasta de la misma hubiera podido tan siquiera soñar. En el transcurso del siglo XIX la isla de Mallorca recibió dos sonados piropos, uno, "*Es la verde Helvecia bajo el cielo de Calabria, con la solemnidad y el silencio de Oriente.*", es de George Sand; el otro, "*No hay ningún lugar en toda Italia tan bello como Valldemossa.*", es de James Bayard Taylor². *Un hiver à Majorque*, publicado en 1841 fue objeto de doce ediciones francesas en los ventiocho años siguientes y fue traducido al alemán en 1847. Muy poco halagador debió ser el libro para los mallorquines de aquel tiempo quienes, haciendo gala de muy rápidos reflejos, el mismo año en que vió la luz publicaron una refutación firmada por Josep Maria Quadrado que apareció en la prensa periódica de Palma; estos reflejos se aletargaron sesenta años a la hora de traducir la obra, que no apareció en castellano hasta 1902, trabajo de Pere Estelrich con un prólogo de Gabriel Alomar. Nuestros bisabuelos se habían enfadado muchísimo con la Dudevant.

Una prueba de la popularidad de Sand y de la difusión del libro francés de la época está en que la mayoría de los viajeros románticos ingleses conocían su obra así como la de Grasset; con la diferencia que el libro de la primera no se tradujo al inglés hasta... ¡ 1956!, año en que el poeta Robert Graves se percató de tamaño descuido bibliográfico y se apresuró a ponerle remedio. Eso sí, con un británico fairplay añadió la refutación de Quadrado a la traducción de la diatriba de Sand.

De todos modos, sea este libro un denuesto feroz o un halago sin cuento, lo que no se puede obviar es su influencia capital en todo cuanto relato de viajes se escribió sobre las Baleares con posterioridad.

En 1840, un año después de la visita de Sand, Josep-Bonaventure Laurens publicaba su viaje artístico por la isla ilustrado con cincuenta y cinco litografías que son un soporte gráfico básico de cualquier referencia a la Mallorca de mediados de siglo pasado.

En 1862 tuvo lugar el famoso viaje por España del Barón Jean Charles Davillier acompañado de Gustavo Doré, maestro de grabadores, quien ilustró la narración de aquella andadura. Del buril del artista salieron ocho planchas de temas baleares. Las que tuvieron por tema los angustiados y retorcidos troncos de los olivos de la Serra de Tramuntana han sido especialmente celebradas hasta el punto que se ha dicho que aquellas formas atormentadas fueron el arranque de la inspiración para los fondos grotescos que imaginó Doré a la hora de representar el infierno cuando emprendió la magna ilustración de *La divina comedia* del Dante.

En 1865 dos profesores de la Universidad de Heidelberg, Hermann Alexander Pagenstecher y Robert Wilhelm Bunsen, emprendieron viaje a Mallorca. Era médico y naturalista el primero y destacado químico el segundo, inventor del quemador de gas que lleva su nombre, viajeros infatigables ambos. Pagenstecher

relató las impresiones de su viaje en el libro *Die Insel Mallorca* (Leipzig, 1867) curiosamente traducido al castellano y editado en Palma el mismo año.

El año de 1866 debería estar inscrito en letras de oro en la historia de la bibliografía de viajes por las Baleares. Aquel año ponía el pie en Mallorca Ludwig Salvator, el joven archiduque de Austria de diecinueve años. Curioso impenitente, viajero incansable, científico, antropólogo, artista, hizo de la isla su hogar, hogar donde descansar de sus abundantes viajes por el mundo entero. Sus siete tomos en gran folio de *Die Balearen. In Wort und Bild geschildert* editados en Leipzig entre 1869 y 1891, junto con otras publicaciones menores también sobre las islas, deben quedar como ejemplo magnífico del libro de viajes decimonónico. La riqueza de la tipografía y la encuadernación, la belleza de los gráficos y la exactitud de los contenidos se dan en un grado tal que no tienen parangón con ningún trabajo editorial previo ni posterior.

Charles William Wood, viajero en 1886 y 1887, es el único británico del XIX que ha merecido el honor de la traducción (Palma, 1968), sin duda a causa de las numerosas y excelentes ilustraciones que engalanan su *Letters from Majorca*.

En 1888 y 1889 el artista francés Gaston Vuillier ejerció de autor de narrativa de viajes. Demostró con claridad que era mejor dibujante que escritor y en consecuencia se valoraron más los esbozos que los renglones de su libro. Aún así, *Voyage aux Iles Baléares* (París, 1889) encontró el camino a las versiones, cronológicamente, castellana, alemana, inglesa, con tirada especial para los Estados Unidos, y catalana.

Esta enumeración recoge la literatura de viajes de tema balear del pasado siglo a través de los títulos que nos hemos acostumbrado a tener por principales. Algunos sin duda lo son, pero otros son equiparables a obras injustamente privadas de la difusión que merecían. Éste es el caso de los trabajos notables de algunos británicos viajeros y escritores.

Los románticos ingleses viajeros por las Islas Baleares.

La contribución inglesa a la literatura de viajes romántica por el archipiélago es generosa y salpica todos los decenios de la pasada centuria.

Así como iba transcurriendo el siglo, la densidad de visitantes británicos y, en consecuencia, de libros ingleses sobre las Baleares iba aumentando y confirmando la deflagración de la fama de paraíso paisajístico y climático de la islas en todo el septentrión del continente europeo. Era también el germen de la "industria del forastero", cultivo que aún hoy es el pilar primero del sustento de las gentes que pueblan estas tierras en el corazón del Mediterráneo occidental.

Los viajeros ingleses del XIX no cuentan con gran número de predecesores en las Baleares. Durante los siglos XVI y XVII algunos navegantes ingleses, casi siempre de camino hacia lugares del oriente, mencionaron las islas en sus escritos de una manera más o menos breve. Fueron Robert Thorne (1527), Roger Bodenham (1551), Miles Philips (1582), William Harborne (1583) y Sir Kenelm

Digby (1627-28), cuyas narrativas excepto la del último, fueron publicadas en la recopilación de Richard Hakluyt³. En el transcurso del siglo XVIII un pastor anglicano, Colin Campbell, y un ingeniero militar, John Armstrong, recalaron en Menorca entonces bajo el manto de la corona británica. Ambos escribieron tomos sustanciales sobre las islas y ambos los titularon como libros de historia aunque su contenido abundaba en descripciones geográficas, antropológicas y de ciencias naturales en total sintonía con la literatura de viajes. La obra de Campbell⁴ cronológicamente la primera, abunda más en el aspecto histórico traduciendo crónicas enteras de historiadores locales y en lo que hoy día más interés nos despierta, sus apreciaciones de primera mano, no hace gala de gran exactitud. El poeta Robert Graves en 1948, entonces residente ya en Mallorca, escribía bromeando sobre el particular. Conocida es la teoría de Graves sobre la influencia alucinógena de la luna, la diosa blanca, sobre los sentidos de la percepción; y para sustentarla comenta la descripción que "un tal Colin Campbell" como le llama irreverentemente hizo de Deià, el pueblo donde el poeta trabajó y ahora descansa para siempre:

Estos extractos son interesantes principalmente porque muestran los extraños poderes alucinatorios que Deià ejerce sobre los visitantes británicos. Campbell vio la iglesia y las casas de campo pero no vio el pueblo; sus sucesores ven el pueblo pero no la iglesia ni las casas de campo. Campbell imaginó una llanura donde sólo había un valle de empinados bancales sin ningún lugar nivelado con suficiente anchura para una pista de tenis; sus sucesores oyen el trino de canarios salvajes -no hay canarios en libertad en la isla...⁵

La historia de Menorca de Armstrong⁶ mereció mayor predicamento y fue referencia vigente durante casi cien años. El ingeniero, con destino en la balear menor en 1738, realizó un minucioso y exacto trabajo tratando con extensión la morfología y la historia natural de la isla aparte de trazar el primer ensayo cartográfico serio de la misma. El mapa de Armstrong, cuyo interés hizo que se publicara por separado en 1754, fue copiado hasta el escándalo durante todo el pasado siglo y era tenido como un prodigio de precisión. Tengamos en cuenta que treinta años más tarde de su publicación el viajero Gaetano Cambiagi en su pequeña historia y carta escribía que la isla tenía forma de tortuga con la cabeza mirando al norte y el rabo al sur. En 1781 se tradujo al español y pasó a ser al instante pieza clave de la bibliografía menorquina, mérito que no pudo empañar el hecho de que el traductor, Lasierra y Navarro, bautizara al ingeniero con el nombre de Jorge y le otorgara el cargo de gobernador.

El primer viajero británico del XIX llegó puntual -no podía ser de otro modo- el año 1800, recién iniciado el siglo. Era el capitán Thomas Walsh, miembro de la fuerza expedicionaria que bajo las órdenes de Sir Eyre Coote, de quien era ayudante de campo, se dirigía a Egipto. El puerto de Maó, entonces parte del

Imperio Británico, era parada de rigor entre Gibraltar y Malta. La flota que transportaba al viajero permaneció en Menorca una docena de días de noviembre con el objeto de reagruparse. Un escaso pero suficiente lapso para que el capitán pudiera absorber una primera impresión de la isla. La descripción que escribió fue breve, pero sincera y llena de encanto, con la frescura que siempre tienen las primeras impresiones por lo que gozan del consecuente aprecio por parte de los catadores de libros de viaje.

Walsh escribió un retrato ajustado de la Menorca de 1800 con un estilo llano y medido. El autor no era un romántico; por formación, profesión y casi por cronología pertenecía a la ilustración. Además, su profesión militar mediatizó grandemente sus escritos haciendo que prestara más atención a las fortificaciones de la isla que a la tierra donde tenían sus cimientos. Aún así, cuando consigue olvidarse de su condición de soldado, sus descripciones son candidas y exactas. Su libro, un diario de la campaña de Egipto,⁷ cuando apareció, tuvo la forma más de un libro del XVIII que del XIX. Fue un regio volumen en cuarto, impreso en tipos Caxton sobre papel de hilo, con generosos márgenes y adornado con numerosas planchas grabadas en cobre. Walsh era un buen dibujante, o quizá sería mejor decir cartógrafo y delineante. Por desgracia en su estancia balear no eligió ningún modelo de interés antropológico para su lápiz y sus ilustraciones menorquinas son un plano de la torre de artillería de la bahía de Addaia y tres mapas: el Mediterráneo de Málaga a Menorca, la isla de Menorca y el puerto de Maó.

La parte relativa a Malta mereció publicación aparte en el periódico *The Annual Register* [1804], quizá por el atractivo que supuso que Walsh se sintiera tentado a esbozar trajes y tipos populares olvidándose un poco de la ingeniería militar.

En 1809 viajaba por España Sir John Carr. Un romántico caballero que había conseguido fama y fortuna escribiendo libros de viajes. De hecho, su título de caballero le había llegado como recompensa después de publicar su narrativa de una vuelta por Irlanda, pero cuando Sir John efectuó su peregrinación española su estrella había comenzado a apagarse. La crítica de su época había comenzado a ensañarse cruelmente con él. Mientras Francia y algunos países del norte de Europa fueron los temas de sus libros, la cosa no había pasado a mayores, pero al atreverse con territorios más próximos y conocidos por sus lectores, éstos, menos crédulos, se abalanzaron sobre él de una manera encarnizada. Su viaje a Irlanda fue objeto de una parodia publicada por Edward Dubois en 1807. La indignación de Carr fue tal que llevó el caso a los tribunales perdiendo el pleito. Sus apuntes caledonios sufrieron una crítica nada halagadora en *The Quarterly Review* en 1809 atribuida nada menos que a Sir Walter Scott. Posiblemente estos fracasos hicieron que Sir John buscara horizontes más alejados de su público para sus futuras producciones de literatura viajera, pero sus conciudadanos estaban ya sobre aviso y el libro que nos ocupa, sobre el sur y levante de España y las Islas Baleares⁸, mereció una reseña cáustica en la misma publicación periódica en 1812. El crítico se cebó sin piedad en las inexactitudes y hasta disparates que

salpican el libro hispánico de Carr, tarea que no debió ser nada penosa pues los despropósitos abundan. Como muestra un botón: Sir John atribuye la costumbre de las mujeres andaluzas de lucir una flor en el pelo a un intento de disimular los vapores del ajo, ingrediente muy común en la cocina meridional.

Pese a todo lo anterior Carr nos legó un precioso volumen adornado con bellas litografías sobre sus propios bosquejos del natural y cuya lectura no carece de interés, incluso de encanto. El viajero era un romántico no sólo a la hora de coger la pluma, sino también a la hora de vivir la vida. Ensayó su habilidad en la poesía y en el teatro y el frontispicio de la recopilación de sus poemas ostenta su retrato, una estampa paradigmática del poeta romántico. Cultivó también la amistad de Lord Byron con quien coincidió en Cádiz durante su escapada por tierras sureñas. Su paso por Mallorca y Menorca tuvo lugar en octubre de 1809 y sus páginas sobre las islas constituyen un testimonio, inexactitudes menores aparte, de gran viveza y, a menudo, emoción.

Cuatro años más tarde, en 1813, tocó el turno a George Augustus Frederick Henry Bridgeman, Barón de Bradford, quien, en compañía de otros dos jóvenes aristócratas, estaba realizando un crucero por el Mediterráneo. Bridgeman mantuvo una estrecha relación epistolar con su madre durante todo el viaje que fue publicada mucho más tarde, diez años después de la muerte del autor⁹. Se editó privadamente en un exquisito volumen en octavo, impreso sobre papel de hilo con viñetas y florones de gusto xilográfico que contiene puramente las cartas por orden cronológico. Seis cartas están fechadas en Maó y contienen una peculiar visión de Mallorca y Menorca, las islas que el joven visitó, que hay que buscar entre una maraña de confesiones íntimas, mensajes familiares y encargos de y hacia parientes y amigos. Bridgeman muestra una naturaleza sensible y un juicio realmente ecuánime para su edad. Su testimonio sobre las Baleares y la sociedad que las habitaba tiene el inmenso valor de carecer de la influencia de lecturas o noticias previas. La emoción que demuestra ante el paisaje de las montañas mallorquinas tiene el timbre inconfundible del sentimiento sincero. En Menorca, por contra, el viajero tuvo que permanecer forzosamente dos meses víctima del mal tiempo y las dificultades para encontrar pasaje y esto hace que asistamos, carta a carta, a la invasión del corazón del autor por una profunda melancolía hasta el extremo de que llega a tachar de prisión a la isla que le acogía. Además, su ayuda de cámara, junto con su ropa interior, le había precedido hacia Palermo y el joven aristócrata se encontraba sin calzoncillos y, lo que es peor, sin nadie que le ayudara a cambiárselos... Un revés que puede quebrar espíritus de hierro.

En 1840 la saga de los viajeros ingleses continúa de la mano de otra aristócrata, Lady Elizabeth Mary Belgrave, Marquesa de Westminster. Una dama aficionada a los viajes de los que guardaba detallado diario en el que mezclaba sus espontáneas y coloristas impresiones con ejercicios literarios que han resistido peor el paso del tiempo. Aquel año y el siguiente realizó Lady Elizabeth un viaje en yate por el Mediterráneo cuya narrativa se publicó de forma anónima en dos volúmenes¹⁰.

La viajera, como Bridgeman, su predecesor, carecía de cualquier noticia previa sobre las Baleares, los ojos libres del velo del prejuicio. Sólo una enorme candidez y una falta de cautela a la hora de expresar por escrito sus ocurrencias, a menudo peregrinas, empañan el valor de sus observaciones; pero garantizan la diversión del lector. Para Lady Elizabeth el Palacio de los Reyes de Mallorca es "un convento abandonado", el Castillo de Bellver, maravilla del gótico civil, "un curioso fuerte redondo", la piedra arenisca local con la que se construyó la Seo, "mármol ambarino".

La dama también portaba recado de delinear y sus esbozos, que luego como litografías adornarían su libro, no desmerecen de sus escritos. La exactitud no es su cualidad principal, pero nos revelan lo que la viajera deseaba ver en el exótico mediodía y posiblemente obligó a sus ojos que vieran. Paisajes urbanos de azoteas planas, palmas y chumberas por doquier, albornoces y turbantes poblando las calles.

Pero aparte de la sonrisa amable que nos producen los encantadores esfuerzos de Lady Elizabeth, seríamos injustos si ignoráramos su agudeza al captar, entre otros detalles bien ciertos, la serenidad y la calma como elementos primordiales de la tierra y de la idiosincrasia de sus moradores; anticipándose un poco a Sand y mucho a Santiago Rusiñol, que no acuñó su feliz expresión «la isla de la calma» hasta 1922.

En la mitad justa del siglo un erudito pastor anglicano, el Reverendo Henry Christmas, ponía pie en la Isla de Mallorca. Era un polígrafo de los de verdad, había publicado trabajos de teología, historia, arte sacro, filosofía, mitología; hasta había ensayado su habilidad en la poesía. Y era un reconocido especialista en numismática.

Parece ser que el exceso de trabajo hizo que la salud de Christmas se resintiera y, buscando climas más cálidos, inició un viaje por el Mediterráneo que acabó en Turquía. La productividad literaria, innata en el autor, hizo que estas aparentes vacaciones se tradujeran en tres gruesos volúmenes en octavo¹¹ de los que el primero y parte del segundo están dedicados exclusivamente a las Islas Baleares. Nos encontramos pues ante la primera aportación de un británico del XIX de una extensión sustancial.

Es lástima que la personalidad del reverendo no fuera más vitalista y más abierta a los estímulos exteriores y menos acartonada y envarada y sin el toque de pedantería que transpiraba, pues nos podría haber dejado un testimonio de gran valor. Al hacer la crítica de los gabinetes de monedas que le fueron mostrados lo hace con una frase que retrata su carácter, comentó: «las piezas raras no son genuinas, y las genuinas no son raras». La erudición del viajero hizo que dedicara largas páginas a transcribir crónicas medievales y trabajos de historiadores locales de nulo interés para el lector actual. Cuando el reverendo consigue desembarazarse de su deformación profesional de historiador y deja que su cuerpo absorba la vida que le rodea y lo pone por escrito, es cuando produce los pasajes más apasionantes. Desgraciadamente esto no sucede demasiado a menudo.

Pero no todo es negativo en la obra de Christmas, hay abundantes testimonios de innegable interés, lo que sucede es que el lector no puede evitar desear que el autor hubiera dedicado una mayor proporción de las casi cuatrocientas páginas que dedicó a las Baleares a describir simplemente lo que sus ojos veían manteniendo el corazón permeable a los sentimientos y el cerebro libre de juicios previos. Christmas había leído a los viajeros que le precedieron y esto influyó demasiado en su obra, aunque dió muestra de ecuanimidad al opinar que la mala fama de Sand entre los isleños de aquel entonces no era nada comparado con lo que la francesa había escrito sobre ellos. La influencia de otros viajeros alcanzó hasta los grabados; la vista del puerto de Palma que luce el frontispicio del primer tomo es copia exacta de una de las litografías que había publicado J.B. Laurens en 1840. Tampoco tiene tanta importancia... lo que no estuvo muy bien es que Christmas la firmara.

Diez años después, en 1860, E.G. Bartholomew, ingeniero civil, fue contratado por el gobierno para la instalación del telégrafo entre las Baleares y la península. La narración de su estancia de siete meses apareció en *Illustrated Travels*, una publicación periódica, por cierto huérfana de toda ilustración, especializada en aventuras y descubrimientos¹².

Es el de Bartholomew un testimonio delicioso, surgido de la mente cartesiana de un ingeniero a la que pocos detalles se escapan, empero dotada también de una poco común capacidad de ternura y de sentimiento. El autor tuvo que recorrer las costas y montes de las islas de las que acabó enamorándose, especialmente de las Pitiusas. Durmió al raso y compartió el pan con los payeses a la sombra de una higuera. Ninguno como él, de entre los viajeros ingleses, tuvo un contacto tan pleno con estas tierras mediterráneas; y esto se reflejó en sus escritos. Por ejemplo, a la hora de talar un majestuoso pino en Eivissa para permitir el paso de los cables del telégrafo, nos cuenta el ingeniero todos los intentos que hizo para evitarlo y su profundo dolor al darse cuenta de que no había solución alguna para salvar el árbol. Se adelantó a su tiempo en el ecologista respeto que profesaba al paisaje. También se nos antoja un adelantado a su época cuando confiesa medio avergonzado una leve corrupción... había usado para cruceros de placer el pequeño vapor que el gobierno había puesto a su disposición para su trabajo, la instalación telegráfica.

En 1862 era otro reverendo, por cierto bien distinto del primero, el que rendía visita a Mallorca. William Dodd era un clérigo campechano y valeroso, aficionado a caminar y a charlar con la gente. Su biografía como becario en Cambridge y vicario de una parroquia modesta de Newcastle revela una personalidad vital y espontánea y una muy humanitaria inclinación a ponerse de parte de los humildes. Con esta tarjeta de presentación, y considerando que tomó la decisión de visitar las islas en un impulso a raíz de una conversación que tuvo con un caballero desconocido con el que compartió mesa cenando en un hotel de Barcelona, no es de extrañar que nos legara un testimonio de un vigor y una frescura excepcionales.

El período de tiempo que pasó en Mallorca, tres semanas, le inspiró el título de su libro¹³. En él nos relata con refrescante llaneza, vacía de toda pretenciosidad, su abigarrada aventura balear. Larguísimas caminatas por caminos reales y senderos, por montes y campos de cultivo, sus charlas con los arrieros y posaderos, con los pastores y los campesinos, sus deliciosos paseos por las murallas de Palma, los pintorescos clientes de las fondas de la ciudad, la atmósfera de sus mercados.

Pero no sólo el costumbrismo tuvo cabida en la obra de Dodd. Su conciencia social hizo que se interesase por la beneficencia pública o por la educación primaria, tema que le era especialmente caro pues había ejercido de inspector de enseñanza. También se permitió, como profesional que era, el dar su opinión sobre el culto católico romano con un exquisito respeto del que careció Christmas, el pastor que le precedió, cuando ironizó cruelmente sobre las supersticiones santeras de las gentes sencillas. En suma, Dodd era un buen viajero y mejor persona, sin doblez alguna ni aficionado al halago gratuito, y hubiera sido bienvenido, seguro, si hubiera decidido volver por estos pagos. El libro que nos legó es un valioso regalo a los estudiosos de la antropología balear.

En 1867 John William Clayton, otro capitán, esta vez retirado, recogió el testigo de los viajeros británicos por las Baleares. Un curioso personaje, autor de libros de viajes casi profesional, a quien preocupaba más el despertar las emociones del lector que la exactitud de sus observaciones. En este sentido participaba plenamente del espíritu romántico, pues si bien a menudo escatimaba al lector la contrastación de la veracidad de sus afirmaciones, jamás le negó sobresaltos sin cuento.

El otoño de aquel año se dirigió al soleado sur, y sobre ello escribió un libro¹⁴. En este libro se autorretrata como avezado explorador en exótico periplo por lugares remotos infestados de procelosos peligros. Los mallorquines, de oscura tez y negros cabellos, con barba de varios días, limpiándose las uñas con navajas de grandes dimensiones, aguardan al viajero en el muelle para registrarle el equipaje o con propósitos aún más inconfesables. La Serra de Tramuntana es un paisaje espeluznante de impenetrable selva y barrancos sin fondo que aterroriza, a la vez que fascina al viajero. Clayton escribía agarrándose a la pluma con fuerza y pasión, ignoraba los adjetivos tibios y las exclamaciones aguadas.

Al principio deja transparentar unos prejuicios raciales y unos aires de superioridad ante los nativos que nos antagonizan con el autor, pero éste acaba cayendo rendido ante el encanto de las tierras que visita y de las gentes que le acogen para acabar siendo leído como a un gruñón entrañable. Pero aún así, su prosa sigue sin ser recomendable a los espíritus impresionables.

Un ejemplo de su tremendismo: dedica ocho estremecedoras y sangrientas páginas a describir la lucha de un elefante contra cuatro toros bravos en la plaza de toros de Palma, acontecimiento del que no tenemos confirmación por ninguna otra fuente. Un ejemplo de su falta de rigor: ante el óvalo perfecto del puerto de Sóller describió un volcán apagado donde los barcos no podían anclar pues ¡no tenía

fondo! Enorme disparate geológico que, bien es verdad, ha tentado las plumas de otros viajeros. Una anécdota que le retrata: entrando en el puerto de Valencia, ya de regreso, sintió la necesidad de practicar la natación. Se calzó unas bragas rojas y salió a cubierta donde la tripulación intentó reducirle creyéndole enajenado, les esquivó y, ante el pasmo general, con una grácil pirueta desapareció por el espejo de popa. Un tipo simpático este Clayton.

El siguiente fue un visitante de larga estancia. Lo cierto es que uno no sabe si considerar a Charles Toll Bidwell un vecino o un viajero. Diplomático de carrera, fue cónsul de Su Majestad el las Baleares de 1869 a 1875, lapso en el que recogió información y escribió *The Balearic Islands*¹⁵, un completo volumen sobre el archipiélago digno de figurar entre la docena de libros que forman la bibliografía básica balear del siglo XIX. Bidwell escribió con autoridad y exactitud sobre historia, política, derecho, administración, geografía, demografía, climatología, agricultura, comercio, navegación, educación, arte y antropología de las islas. El autor conocía a la perfección las fuentes históricas y también la obra de los viajeros más importantes que le habían precedido y a la hora de proporcionar datos de actualidad no dudó en solicitar la ayuda de los expertos y técnicos locales.

Como es de imaginar en un libro fruto de un proyecto de trabajo tan serio no encontramos las descripciones imprecisas o las anécdotas personales casi siempre humorísticas que prodigan los viajeros que hasta ahora hemos conocido. Ello no quiere decir que los capítulos dedicados a temas en los que la humanidad prima sobre la estadística, como por ejemplo las costumbres de los isleños, carezcan de amenidad. Bien al contrario, el pasaje donde el autor describe la inauguración del ferrocarril en Mallorca es de una viveza y un encanto tales que una antología de textos de viaje sobre las Baleares adolecería de una grave cojera si prescindiera de él.

Ya hemos apuntado que algunas obras primordiales han sido víctimas de un injusto olvido. El caso de Bidwell es el ejemplo principal. A la hora de encontrar una explicación de tamaña indiferencia sólo se nos ocurre pensar en el escaso número de intelectuales baleares de formación anglófila si los comparamos con los mucho más abundantes francófilos e incluso germanófilos; también nos invade la lógica sospecha de que los libros que ocuparon las candilejas -el de Sand, por el escándalo que supuso y el del Archiduque Ludwig Salvator, por su perfección- eclipsaron el trabajo de los viajeros escritores británicos, en general más modestos pero en absoluto carentes de interés.

En la primavera de 1878 un grupo de damas inglesas habían hecho un alto en un viaje por Italia, se encontraban en Bordighera, frente al Mediterráneo, y se aburrían mortalmente. La señora H. Belsches Graham Bellingham decidió que era preferible ser asaltada por un bandolero en una senda que aquel tedio insoportable y no le costó convencer a sus compañeras. Se dirigieron, pues, adonde los bandoleros estaban, a España. Esta enteramente romántica razón para viajar, que la señora Bellingham nos confiesa en el prólogo del libro que luego escribiría¹⁶, es absolutamente reveladora del tipo de autora, libro y viaje que nos vamos a

encontrar.

No se sabe muy bien por qué aquel grupo de damas decidió incluir las Baleares en su itinerario, lo que se conoce es que el día 20 de abril unas señoras inglesas sin acompañante masculino que las guiara arribaron al puerto de Palma, y que, por unos meses, la calma desapareció de la isla. La señora Bellingham y sus amigas, miembros de aquella raza inextinguible de angulosas damas británicas de edad indefinible, tocadas con birrete floral y blandiendo ferozmente un paraguas que tanto servía para la lluvia como para el sol, no dejaron rincón sin revolver. Se las vio en las fondas, la catedral, los paseos, los mercados, los monasterios, hasta en una famosa ocasión en la plaza de Sóller con el objeto de iniciar la travesía de la sierra a lomos de asno y que acabó en un espectáculo de piernas y enaguas revoloteando por los aires y de sombreros colgando de la oreja. Al llegar el verano, la expedición se desplazó a Menorca ocasionando tal revuelo que hasta las noticias de la última travesura de *Doge*, el perrito faldero que las acompañaba, llegaban puntuales a Mallorca por los tripulantes del vapor correo.

Pero tampoco conviene trivializar el libro de la señora Bellingham por la conducta revoltosa de las protagonistas del viaje; se lee con placer y aporta percepciones de interés. Prueba de ello es que se volvió a editar en 1883, el único caso de reedición de entre los libros de viajes que nos ocupan.

El último viajero inglés en el siglo XIX fue Charles William Wood, quien visitó Mallorca en 1886 y 1887. Wood era un experimentado autor de libros de viajes con una copiosa producción a sus espaldas y un empresario del negocio editorial, propietario de la revista *The Argosy*, donde publicaba sus obras por entregas antes de hacerlo en volúmenes completos. El autor había encontrado una fórmula que le había reportado un cierto éxito y que consistía en describir sus viajes de forma epistolar y acompañar los textos con gran cantidad de ilustraciones de altísima calidad. Esta fórmula fue aplicada religiosamente a sus cartas desde Mallorca¹⁷.

La obra de Wood, como libro de viajes, no podemos decir que nos guste. Narra su andadura en primera persona y desde un punto de vista muy subjetivo, y si conocemos la biografía del autor vemos que en demasiadas ocasiones oculta o tergiversa datos sobre sí mismo. Analizando su obra y cotejándola con el resto de su bibliografía, acabamos por comprender que Wood se deja llevar muy a menudo por la fantasía y la invención y esto no es una virtud para un escritor de libros de viajes. El lector acaba por desconfiar en demasía del testimonio del cronista. Es evidente que el autor a veces no podía controlar el instinto de fabular y capítulos enteros de la segunda parte degeneran en una novelilla decimonónica; el mismo Wood reconoce que la segunda parte del libro se basa más en escenas domésticas que en el descubrimiento de nuevos parajes.

La parte gráfica, en cambio, es soberbia. Noventa y tres ilustraciones a plumilla nos ofrecen un retrato inigualable de la Mallorca de finales del siglo pasado de un valor documental enorme. Un mérito sólo empañado por el intento de Wood, una vez más, de confundirnos. El viajero se hacía acompañar siempre en

sus viajes por un ayudante, amigo o ilustrador al que solía adjudicar el papel de contrapunto de su propia egregia figura; una especie de Sancho a quien acontecían todas las ridículas anécdotas de viaje impropias de suceder a un caballero. Una manera de divertir al lector sin manchar la alta imagen del autor. Wood nos dice que en aquella ocasión le acompañaba el ilustrador H.C. cuya biografía es inconsistente con otras apariciones en la bibliografía del escritor. Lo cierto es que Wood viajaba con su enorme cámara fotográfica a cuestas y se hacía con todos los daguerrotipos ajenos que podía y sobre estas placas fotográficas, propias o cedidas, profesionales del buril y del plumín confeccionaban las estampas de sus libros en talleres gráficos londinenses.

Pero todo esto carece de importancia y no quita ni un ápice de calidad al contenido gráfico de *Letters from Majorca*, único libro de los viajeros británicos del XIX honrado por la traducción, (Palma, 1968). Obviamente fue la difusión de los grabados lo que motivó tal honor, tanto es así que capítulos enteros, los que contenían novela folletinesca, se quedaron sin traducir. En este extremo el editor hizo gala de muy buen criterio, lástima que quedara deslucido por no hacer constar que se trataba de una traducción parcial.

Y con Wood desfila el último de los viajeros ingleses decimonónicos por las Islas Baleares. Una abigarrada tropa formada por dos capitanes, Walsh y Clayton, dos clérigos, Christmas y Dodd, dos aristócratas, Bridgeman y Belgrave, dos profesionales del libro de viajes, Carr y Wood, un diplomático, Bidwell, un ingeniero, Bartholomew y una dama, la inefable Señora Bellingham. Once plumas que coincidieron en un lugar en un tiempo. Un capítulo de la literatura de viajes pendiente de ser rescatado del olvido.

NOTAS

1. Thorvald SOLBERG, "Some notes on the Balearic Islands. With special reference to their bibliography", *Papers of the Bibliographical Society of America*, 22 (1928), 69-146. En Chicago, en 1929, se publicó una separata con una tirada de 200 ejemplares.
2. Famoso viajero norteamericano considerado en su tiempo como un moderno Marco Polo. Describió las Baleares en James Bayard TAYLOR, *By-ways of Europe. A visit to the Balearic Islands*, The Atlantic Monthly, Boston, 1867-68.
3. Richard HAKLUYT, *The principals navigations, voyages, traffiques & discoveries of the English nation*, Glasgow, James Mac Lehosé, 1903-05.
4. Colin CAMPBELL, *The ancient and modern history of the Balearic Islands*, Londres, William Innys, 1716.
5. Robert GRAVES, *The place for a holiday*, The Saturday Book 8th year, [Londres], Hutchinson, 1948, 90-94.
6. John ARMSTRONG, *The history of the Island of Minorca*, Londres, C. Davis, 1752.
7. Thomas WALSH, *Journal of the late campaign in Egypt: Including descriptions of that country, and of Gibraltar, Minorca, Malta...*, Londres, Cadell & Davis, 1803.
8. John CARR, *Descriptive travels in the southern and eastern parts of Spain and the Balearic Isles...*, Londres, Sherwood & al., 1811.

9. G[eorge], A. F. H., B.[RIDGEMAN], *Letters from Portugal, Spain, Sicily and Malta, in 1812, 1813 and 1814*, Londres, The Chiswick Press, 1875.
10. [Elisabeth Mary BELGRAVE], *Narrative of a yacht voyage in the Mediterranean...*, Londres, John Murray, 1842, 2 vols.
11. Henry CHRISTMAS, *The shores and islands of the Mediterranean*, Londres, Bentley, 1851, 3 vols.
12. E. G. BARTHOLOMEW, *Seven months in the Balearic Islands I, II, III and IV*, Illustrated Travels, vol. 1, Londres, Cassell, [1869].
13. William DODD, *Three weeks in Majorca*, Londres, Chapman & Hall, 1863.
14. John W. CLAYTON, *The sunny South. An autumn in Spain and Majorca*, Londres, Hurst & Blackett, 1869.
15. Charles T. BIDWELL, *The Balearic Islands*, Londres, Sampson Low & al., 1876.
16. H. Belsches G. BELLINGHAM, *Ups and downs of Spanish travel*, Londres, Literary Society, [1882].
17. Charles W. WOOD, *Letters from Majorca*, Londres, Richard Bentley & Son, 1888.

BÉCQUER VIAJERO: DE CRONISTA A FABULADOR*

Ana Rodríguez-Fischer

Cualquier lector de la obra de Bécquer -y muy especialmente de su prosa¹- habrá advertido en ella la presencia de una figura muy peculiar: el viajero, personaje omnipresente que deambula por numerosas páginas y que, en ocasiones, se constituye en el elemento que articula un texto e incluso toda una serie o conjunto de textos.

Ahora bien, antes de seguir adelante, conviene aclarar un aspecto previo: no cabe buscar al viajero becqueriano o al Bécquer viajero -atendiendo al doble plano en que se presenta esta figura: el ficticio y el real- tan sólo en los escritos agrupados en la categoría de "Viajes, Descripciones y Monumentos" de sus *Obras Completas*. Desde uno u otro plano, y empleando diversos y muy variados registros -el sesgo irónico-burlesco, francamente paródico, en un extremo; la exaltación idealizante o poetización de la realidad en el otro; sin olvidar la escueta crónica, la glosa al dibujo del natural-, esa figura del viajero, cumpliendo funciones literarias muy distintas, se encuentra en "Un lance pesado", "Un tesoro", "La mujer de piedra" (*Ensayos y Esbozos*); "La venta de los gatos", "Tres fechas", "La fe salva" (*Narraciones*); "La cruz del diablo", "Maese Pérez", "El Miserere", "La cueva de la mora", "La rosa de Pasión" (*Leyendas*); la primera y quinta de las cartas *Desde mi celda*, por un lado; el manifiesto y declaración teórica sobre el tema que se expone en la cuarta de ellas; más la mini-serie que forman las cartas VI, VII, VIII y IX, por otro; los artículos de *Tipos y costumbres* (muy especialmente "La feria de Sevilla", "La Semana Santa en Toledo", "Procesión de Viernes Santo en León", "Semana Santa"); y, desde luego, está también en la *Historia de los Templos de España*.

Por consiguiente, la figura del viajero aparece en un amplio conjunto de textos, nada desdeñable en la obra del escritor (ni en la de cualquier otro) y, sobre

(*) En forma más abreviada, este estudio fue leído en el "VII Congreso de Literatura Española Moderna y Contemporánea", celebrado en Málaga, del 9 al 12 de noviembre de 1993.

todo (pues no es la cantidad lo más interesante), en un conjunto plural, tremendamente rico y variado. Así las cosas, tan sólo voy a intentar exponer el punto de partida y el punto de llegada del viaje becqueriano, sin detenerme demasiado en las sucesivas etapas del trayecto ni en examinar con detalle la topografía del itinerario, pues no hay aquí espacio para una exposición pormenorizada del tema, que he reservado para un estudio más extenso. Me limitaré, por ello, a examinar esos dos momentos -que en el fondo son dos actitudes, dos puntos de vista- evocados o sugeridos en el título de mi comunicación: "Bécquer viajero: de cronista a fabulador" -el cronista es, ante todo, un historiador, mientras que las "fábulas" son un género de narraciones de asunto imaginario y maravilloso.

Para ello, he prestado especial atención a las declaraciones del propio Bécquer que he ido encontrando desperdigadas aquí y allá, pues nada más lejos de la verdad que las palabras con que el autor inicia su artículo "Mi conciencia y yo":

Ello es que yo tengo conciencia, y aun cuando en mis escritos no se trasluzca, es una verdad innegable; verdad que voy a probaros si es que mis palabras merecen algún crédito. Careceré de conciencia literaria.²

En absoluto. Bécquer tenía una clara y serena conciencia literaria -o poética, si se prefiere- y ésta se trasluce en sus escritos, como bien se ha demostrado en numerosas ocasiones³.

Es sabido que la experiencia del viaje -al menos de manera regular y continuada y sirviendo a un propósito concreto- se inicia en Bécquer con la aventura de la *Historia de los Templos de España* -publicada en cinco entregas desde agosto de 1857 a enero de 1858-, cuando la imaginación del poeta, "cansada ya de idilios, de ninfas, de poesías y de flores, comenzó a remontarse a épocas distantes, complaciéndose en vestir con sus galas las dramáticas escenas de la Historia..."⁴

Primer ensayo de sincretismo artístico, la *Historia de los Templos de España* anuncia un cambio de sensibilidad y muestra los rasgos más destacados de una evolución espiritual y artística: Bécquer es ya aquí el romántico anhelante de totalidad y absoluto, que precisa diversos medios para expresar lo que palpita en su interior. Mas, aun admitiendo que la obra responde a un proyecto estético que culminará en las *Leyendas* e inicia -son palabras de Rubén Benítez- "la renovación de la prosa española con sentido moderno"⁵, a efectos de lo que hoy me propongo destacar aquí, lo cierto es que en estas páginas predominan el recuento histórico-arqueológico y la minuciosa descripción técnica de monumentos y objetos artísticos. Son significativas las palabras del propio Bécquer referidas a la intención y el carácter de aquel juvenil empeño: "...la multitud de distintos estudios que en ella se aglomeran, y que le dan, por decirlo así, un carácter enciclopédico, harán de sus páginas un inmenso museo, propio para mostrar en conjunto, como en un vasto panorama, todas las más notables producciones de los diferentes estilos

arquitectónicos..."⁶. Me abstengo de glosar estas palabras que expresan tan a las claras el designio fundamental, visible, por otra parte, en el plan seguido en la obra: en primer lugar se da siempre el cuadro histórico de los acontecimientos y después se procede a la descripción artística⁷. Sólo más tarde, al final -y ocupando un espacio infinitamente más reducido-; es decir, una vez cumplido de sobras el cometido propuesto, tras haber cedido la palabra al historiador-cronista, interviene el poeta. Es cierto que muy pronto se observa la insatisfacción de Bécquer ante la rigidez de ese plan (que él sentiría como un corsé, seguramente) y lo altera brevemente en la segunda entrega, pero ésta es prácticamente la única transgresión del orden trazado⁸.

Es la etapa de las primeras expediciones artísticas⁹ en que la mente se ocupaba, ante todo, de "ideas de arte y recuerdos históricos"¹⁰, pues el objeto o finalidad de las mismas era, en primer lugar, buscar -y descubrir- "en los pueblos de la vieja España rastros de otros siglos y otras costumbres"¹¹ para después, segundo objetivo, estudiar aquellas "obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades"¹², esos testimonios mudos esculpidos en la piedra y sus formas, elementos suficientes para captar el genio, el carácter y el espíritu de una época¹³. Por ello, aquellas expediciones estaban integradas por un artista, un arqueólogo y un historiador, quienes, cada uno desde su disciplina específica, contribuían a lograr el propósito claramente pragmático o utilitario señalado antes, pues debemos aclarar que la tarea del artista era más bien de índole técnica (y no menos utilitaria que la de los anteriores): ilustrar lo inventariado y descrito.

El papel de Bécquer en esas primeras expediciones no se alejaba mucho del desempeñado por un historiador: era, ante todo, un cronista -en el sentido periodístico del término-, un *rapporter* de lo que veía a su alrededor, papel claramente insatisfactorio, ya que el poeta debió de vislumbrar bien pronto que si esos vestigios de la Historia ofrecían ancho campo para estudiar, también ofrecían ancho campo para sentir¹⁴; que si, por ejemplo, "el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo" ofrecía al artista el más curioso de los museos y al historiador la más interesante de las crónicas, al poeta le ofrecía "la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones"¹⁵. Al igual que adivinó el principio fundamental de la estética impresionista¹⁶ y las premisas del perspectivismo¹⁷, Bécquer tuvo clara conciencia de que una misma realidad ofrecía distintas posibilidades a los distintos tipos de viajero, según se la contemplase desde la fantasía del poeta o se la observase desde la mirada estudiosa del arqueólogo y el historiador¹⁸. Así lo muestra en el artículo "Una calle de Toledo (La iglesia de San Román)" en el que, al modo del artista, empieza ofreciendo un leve esbozo de las líneas, el color y los detalles del conjunto: los "redondos arcos del pórtico de una iglesia", la "torre alta y airosa", la "cruz colosal" situada a un lado y contra el desnudo paredón del ábside de un convento, "el muro y la portada de granito de una noble casa" son elementos (restos) suficientes para que el artista encuentre el cuadro completo; después llegará el historiador quien, con los datos de que dispone, animará aquel cuadro inerte, relatando las vidas y acontecimientos allí

pasados:

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesía adquiere entonces a nuestros ojos aquella estrecha y solitaria calle que antes sólo se nos antojaba un cuadro pintoresco y ya es una página viva de nuestra Historia!¹⁹

Es el momento que precede a la fabulación, estadio que no se muestra en este breve texto pero sí en otro más extenso, en la narración "Tres fechas" (1867) -curioso viaje a un mismo lugar, en tres tiempos distintos; al igual que en "La venta de los gatos", sólo que aquí son dos los tiempos que se superponen y proyectan sobre el mismo espacio-, en donde, tras describir-dibujar (Bécquer se presenta pertrechado con su cartera de artista) el palacio árabe de Toledo y las sucesivas transformaciones que aquél había experimentado en el curso de los años, el poeta recrea las vidas del opulento árabe, del monarca castellano y de la comunidad religiosa que sucesivamente lo habitaron. Pero no se detiene aquí, hasta donde llegarían el artista y el historiador, y Bécquer traspasa ese límite:

Ya lo había trazado [el edificio] en parte en una de las hojas de mi cartera; el sol doraba apenas las más altas agujas de la ciudad; la brisa del crepúsculo comenzaba a acariciar mi frente, cuando, absorto en las ideas que de improviso me habían asaltado al contemplar aquellos silenciosos restos de otras edades más poéticas que la material en que vivimos y nos ahogamos en pura prosa, dejé caer de mis manos el lápiz y abandoné el dibujo, recostándome en la pared que tenía a mis espaldas y entregándome por completo a los sueños de la imaginación. ¿Qué pensaba? No sé si sabré decirlo. Veía claramente sucederse las épocas y derrumbarse unos muros y levantarse otros. Veía a unos hombres, o mejor dicho, veía a unas mujeres dejar lugar a otras mujeres, y las primeras y las que venían después, convertirse en polvo y volar deshechas, llevando un soplo del viento la hermosura, hermosura que arrancaba suspiros secretos, que engendró pasiones y fue manantial de placeres. Luego... ¡Qué sé yo!... Todo confuso, veía muchas cosas revueltas y tocadores de encajes y de estucos con nubes de aroma y lechos de flores; celdas estrechas y sombrías con un reclinatorio y un crucifijo; al pie del crucifijo un libro abierto, y sobre el libro una calavera; salones severos y grandiosos cubiertos de tapices y adornados con trofeos de guerra, y muchas mujeres que cruzaban y volvían a cruzar ante mis ojos: monjas altas, pálidas y delgadas; odaliscas morenas con labios muy encarnados y ojos muy negros; damas de perfil puro, de continente altivo y andar majestuoso.²⁰

Muy significativo que, tras la ensoñación, sobrevenga la visión ideal. Resulta interesante analizar esta narración y ver con detalle las distintas mutaciones de ese progreso hacia la visión poética, ver cómo de aquellos tres viajes a Toledo, de aquellas tres fechas anotadas en el cuaderno de dibujo, el soñador crea tres novelas (o planea crearlas), tres "absurdas sinfonías de la imaginación". Es un primer perfil de este viajero-poeta-fabulador que acaba siendo Gustavo Adolfo Bécquer.

Retomando el hilo de lo apuntado antes de detenerme en este par de ejemplos, me resta por precisar que, una vez alcanzado ese punto, y consciente ya del "botín de ideas e impresiones que *para enriquecer la imaginación*"²¹ pueden recogerse en los viajes, Bécquer no vacila en marcar las distancias -abismos- que median entre un tipo u otro de viajero: así por ejemplo, si "para el arqueólogo no se conservan en el Castillo Real de Olite más que un determinado número de torreones, cuadrados los unos y cilíndricos los otros, que refuerzan exterior e interiormente el doble lienzo de muralla que aún se tiene de pie, y algunas construcciones aisladas..." (etc., no voy a proseguir leyendo un párrafo que es mera enumeración y descripción tecnicista de elementos), "para el soñador, para el poeta, suponen poco los estragos del tiempo; lo que está caído lo levanta; lo que no ve, lo adivina"²². Ni vacilará tampoco Bécquer al afirmar, en un tono algo displicente, que el objeto de sus viajes no siempre radica en el estudio ni en la erudición, sino en el vivir y el sentir:

...Después de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la población, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo había visto, como verlo.²³

Sólo teniendo en cuenta la distancia recorrida y la superación de aquellos inicios, que equivalían a viajar con propósitos y miras bien delimitados, puede entenderse la feroz parodia de aquella etapa o experiencia primera que lleva a cabo Bécquer en el artículo "Un tesoro":

¡Animo, amigo don Restituto, ánimo! Más trabajo pasaría Colón para descubrir el Nuevo Mundo y usted no podrá menos de convenir que se trataba de una bicoca comparado con el asunto que traemos entre manos. El Arte, la Arqueología y la Historia aguardan impacientes el resultado de nuestra arriesgada empresa. La Europa científica tiene sus ojos fijos en nosotros. Animo, amigo mío, ánimo que ya tocamos al término de la expedición²⁴

Ciertamente, el cambio operado es grande. Lejos del propósito útil e ilustrado, lejos de la seriedad informativa, el Bécquer viajero romántico persigue otros objetivos y busca primordialmente paisajes agrestes, espectáculos pintores-

cos, tradiciones, color local, sorpresas, formas de vida inusitadas... todo cuanto contribuye a recibir *impresiones* que sacudan los sentidos, despierten emociones y disparen la imaginación. El autor siente que compilar no es suficiente, que necesita proyectar su interioridad y vemos cómo poco a poco el viajero-poeta desplaza al viajero-cronista y el texto se transforma, en el sentido más puro del término, en una obra literaria, en un trabajo de creación; el relato de viajes deja de ser periodismo más o menos respetable (divulgación) para empezar a ser literatura: la realidad que se tiene ante los ojos no se traduce en datos, sino que se interpreta y transforma para convertirse en obra literaria.

Si, como escribió el profesor Sebold, en Bécquer "la creación arranca siempre de la inagotable potencia fecundante de la loca sensación en contacto con el mundo material, y en quien el proceso creativo se realiza por la más libre asociación de las percepciones sensoriales"²⁵, abunda en estas páginas la imagen del poeta entregado al ejercicio de ver y de sentir. Un poeta-viajero que se sale de los caminos trillados, que vaga "al acaso de un lugar a otro"²⁶, que da "vueltas al azar por las calles de Toledo"²⁷, que se entrega a largos y solitarios paseos a través de lo desconocido"²⁸; "viajero sin rumbo definido perdido en el laberinto de mis fantasías"²⁹ que en las ciudades que visita busca siempre las calles solitarias y estrechas; en los edificios, los ángulos y rincones más oscuros³⁰; en la naturaleza, los parajes más recónditos y remotos³¹. Urbanas o agrestes, hijas del artificio o de la Naturaleza, Bécquer sabe que esas sendas siempre le sorprenderán con "cuadros" que le impresionen por su novedad o por su belleza³², y se detendrá "aquí para recoger una tradición oscura de boca de una aldeana, allá para apuntar los fabulosos datos sobre el origen de un lugar o la fundación de un castillo, trazar ligeramente con el lápiz el contorno de una casuca medio árabe, medio bizantina, un recuerdo de las costumbres o un tipo perfecto de los habitantes..."³³.

Así, de este modo buscados y hallados, Arte, Naturaleza y Pueblo o Tradición, como fuentes de poesía. ¿Qué otra cosa son, si no, las *Leyendas*? No consisten de otra materia, aunque se forjen en la imaginación, fantasía o ensueño del poeta. Y en cualquier caso, imaginación, fantasía y ensueño brotan aquí, al filo de esta experiencia andariega o viajera.

Al igual que en otras obras, también en los escritos de viaje Bécquer es pródigo en sus referencias al proceso creador. Es la visión de la novedad -tipos y costumbres- lo que le produce un aturdimiento³⁴, la impresión recibida -Naturaleza- lo que abre los poros del alma y dispone "la fantasía a exaltarse y a dar crédito a todo lo más extraño y maravilloso"³⁵ o las extrañas figuras de unos capiteles -es decir, Arte- lo que agita su espíritu con una emoción profunda y desconocida hasta entonces, que lo predispone a "sentir sin razonar, a creer sin discutir"³⁶. No tengo tiempo aquí de mostrar todo esto en su desarrollo natural, los textos. Me limito a destacar la presencia en Bécquer -en su obra- de la figura del viajero como poeta o fabulador, de viajero a la búsqueda de emociones de finalidad más trascendente que la que impulsó a otros viajeros románticos -la evasión, el librarse de la monotonía cotidiana, de un entorno habitual y tedioso, el viaje como escapatoria

casi terapéutica- y que supera con creces aquel punto de partida -el viajero como cronista o historiador-, tan mediatizado por el credo político-religioso. Bécquer supera esos límites, los trasciende desde los afanes estéticos y el impulso creador. Al viajero que contempla y describe (presenta) bellezas naturales y artísticas, tipos, trajes, costumbres, tradiciones, y que narra las peripecias de su aventurero caminar, se le adhiere otro entregado a las efusiones lírico-meditativas y a las fabulaciones del soñador.

Un buen ejemplo del proceso lo encontramos en la mini-serie que constituyen las cartas VI, VII y VIII de *Desde mi celda*. El lector puede comprobar en esos textos cómo la referida predilección becqueriana por las rutas no trazadas hace que, camino de Trasmoz, el poeta se pierda en mitad de un espeso monte donde acaba encontrando a un pastor que le refiere la historia de la tía Casca - nótese que el marco y la estructura de este episodio son idénticos a los de *La cruz del diablo*, *El Gnomo* y *La cueva de la mora*, con la contraposición del lugareño crédulo que le relata una historia maravillosa y el narrador viajero incrédulo-. La conversación sobre lo acaecido con la criada que lo atiende en el monasterio de Veruela -otra lugareña crédula, amante y devota de las tradiciones- da lugar a dos nuevos relatos: el del castillo de Trasmoz -carta VII- y el de las brujas de Trasmoz carta VIII-.

Sabedor de las ventajas y sorpresas que le depara este modo de viajar -es decir, aventurero y solitario-, Bécquer no vacilará en escribir:

...vale más discurrir solo y sin rumbo fijo por sus calles [se refiere, en este caso, a Toledo], a lo que la casualidad ofrezca, que no recorrerlo a escape con un ignorante cicerone, especie de moscardón de las ruinas, que se os cuelga a la oreja zumbando sandeces.³⁷

Si el Bécquer viajero opina así, el Bécquer autor de libros de viaje se comportará de idéntica manera. Muy al contrario de lo que es común en los autores del XVIII e incluso en algunos románticos, cuando Bécquer escribe sus impresiones de viaje no hace referencias a otros viajeros o guías (salvo, claro está, en la *Historia de los Templos de España*, obra en la que sí acude a las fuentes históricas) que puedan servir de apoyo o de contraste. En todos sus textos de viajes tan sólo he encontrado una referencia de este tipo; bastante imprecisa, por cierto:

Ya un célebre literato alemán, al recorrer nuestra España, hizo esta observación.³⁸

Tal actitud, tal modo de viajar, supone asimismo la preferencia por unos medios de locomoción frente a otros. En las cartas *Desde mi celda* encontramos un excelente ejemplo. Bécquer realiza el viaje de Madrid a Veruela en tres etapas

que conllevan, cada una, el empleo de un medio distinto: el tren -de Madrid a Tudela-, la diligencia -de Tudela a Tarazona- y la mula -de Tarazona a Veruela-. Si, como señaló Darío Villanueva³⁹, el marco general de las cartas es la situación de contraste entre la Corte y la aldea -o, por emplear expresiones más becquerianas, entre Civilización-Progreso, es decir, Cambio, por un lado, y Tradición / Permanencia por otro- los medios empleados representan un movimiento regresivo en el tiempo, y simbolizan, según Adolfo Luzón Gadea, la Edad Contemporánea, la Moderna y la Media⁴⁰.

Es claro que el viajero-poeta-soñador prefiere desplazarse a lomos de una mula. Y tiene sus razones; razones poéticas, por supuesto:

...y dejando ir a la mula a su paso lento y uniforme, eché a volar la fantasía por los espacios imaginarios, para que se ocupase en la calma y en la fresca sombría de los sotos de álamos que bordan el camino, en la luminosa serenidad del cielo, o saltase, como salta el ligero montañés, de peñasco en peñasco, por entre las quiebras del terreno, ora envolviéndose como en una gasa de plata en la nube que viene rastrera, ora mirando con vertiginosa emoción el fondo de los precipicios por donde va el agua, unas veces ligera, espumosa y brillante, y otras sin ruido, sombría y profunda. Como quiera que cuando se viaja así la imaginación, desasida de la materia, tiene espacio y lugar para correr, volar y jugar como una loca por donde mejor le parece; el cuerpo, abandonado del espíritu, que es el que se percibe de todo, sigue impávido su camino, hecho un bruto y atalajado, como un pellejo de aceite, sin darse cuenta de sí mismo ni saber si se cansa o no.⁴¹

Viajar en diligencia⁴² tampoco le resulta desagradable del todo, pues vaivenes y sonidos constituyen un fondo de armonía:

...En esto partió el coche, comenzando ese continuo vaivén al compás del trote de las mulas, las campanillas del caballo delantero, el saltar de los cristales, el revolotear de los visillos y los chasquidos del látigo del mayoral, que constituyen el fondo de la armonía de una diligencia en marcha. Las torres de Tudela desaparecieron detrás de una loma bordada de viñedos y olivares.⁴³

Lo que no soporta Bécquer es viajar en tren, ya que ese medio, y todo lo que él implica -rapidez, ruidos, suciedad, tráfico, trajín, turbas, multitudes, turistas, líneas rectas, etc.- se opone con violencia a la ensoñación contemplativa, hasta el punto de impedir la casi por completo. Viajando en tren podemos soñar, sí, pero el sueño deviene pesadilla, como veremos. El viajero-poeta preferirá otros medios, dado que no es en el mundo de la actividad donde mejor se encuentra, ni esta

manera de viajar permite escribir después siquiera una "crónica circunstanciada" o "una escrupulosa relación" como las que le encargan:

...En este apuro sólo me ocurre una cosa: en la cartera de viaje, y escritas con lápiz, tengo unas cuantas notas hechas en el camino, descosidas, incorrectas, casi sin ilación, como tomadas al escape para fijar las impresiones del momento, pero que si juntas no forman un artículo con sus requisitos de plan, de gradación y de enlace, darán seguramente una idea más aproximada que cualquiera otro género de trabajo de la rapidez con que los objetos y los pensamientos que éstos engendraban herían los ojos y la imaginación. ¿No creen ustedes que sería más barato para ustedes y para mí que las enviase tal como están escritas, dado caso que pueda descifrarlas? En la duda de lo que ustedes contestarán doy hecho que le parece bien lo que más me conviene, y procedo a transcribirlas. He aquí la traducción más aproximada de los jeroglíficos de mi cartera.⁴⁴

Así, podemos explicarnos la actitud desganada que vemos en Bécquer al iniciar su relato de la inauguración de un tramo ferroviario en "Caso de ablativo" o las continuas quejas al narrar su viaje de Madrid a Tudela. Y entendemos también el tono francamente paródico y burlesco que preside ambos textos, la inequívoca decantación no hacia lo sublime sino hacia lo grotesco (o al menos lo banal y prosaico). Todo le resulta molesto y perturbador, alienante: desde el ambiente previo, en la estación, antes de iniciar el viaje,

Después de diecisiete horas de ferrocarril, después de haber visto desfilar como un interminable panorama cien pueblos y ciudades distintas, oyendo incesantemente como el acompañamiento de una canción que nunca se acaba, el férreo y ensordecedor estruendo de la locomotora, después de un día de *agitación y bulla*, de fluctuar *arrastrado por la muchedumbre*, de acá para allá, en una ciudad nueva donde todo impresiona, *envuelto en esa nube de ruidos, de objetos y de colores que*, combinándose entre sí de mil maneras diversas, *acaban por aturdir la vista y embotar la imaginación*; de escuchar por aquí el clamoreo de las turbas, por allá el estampido de los cañones, los ecos de las músicas, la aérea armonía de las campanas, y ver las banderolas que se agitan, las armas que lanzan chispas de luz, los carruajes y jinetes que cruzan en todas direcciones, un pueblo entero, en fin, que todo él a un tiempo se mueve y hace ruido, y va y viene lleno de ese entusiasmo expansivo y alborotador que acaba por hacerse contagioso y comunicar su vertiginosa alegría al más impasible; después de una noche y un día semejantes, figúrense ustedes qué cuerpo y qué espíritu tendré para coger la plu-

ma...⁴⁵

al medio de locomoción (nótese los términos elegidos para describir la locomotora y sus movimientos),

La locomotora arrojaba *ardientes y ruidosos resoplidos, como un caballo de raza, impaciente* hasta ver que cae al suelo la cuerda que lo detiene en el hipódromo. De cuando en cuando, una pequeña oscilación hacía crujir *las coyunturas de acero del monstruo*; por último, sonó la campana, el coche hizo *un brusco movimiento* de adelante a atrás y de atrás a adelante, y *aquella especie de culebra negra y monstruosa* que partió arrastrándose por el suelo a lo largo de los **rails** y arrojando *silbidos estridentes* que resonaban de una manera particular en el silencio de la noche. *La primera sensación que se experimenta al arrancar un tren es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estre-mecidos, aquel fragor de ferretería ambulante*, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crispera los nervios, marea y aturde. Verdad que en ese mismo aturdimiento hay algo de la embriaguez de la carrera, algo de lo vertiginoso que tiene todo lo grande; pero, como quiera que, aunque mezclado con algo que le place, hay mucho que incomoda, también es cierto que *hasta que pasan algunos minutos y la continuación de las impresiones embota la sensibilidad, no se puede decir que se pertenece uno a sí mismo por completo.*⁴⁶

a esos paisajes que el poeta no puede contemplar ni gozar, sino que pasan, veloces y monótonos, a través de los cristales:

...Entonces volví los ojos, que hasta entonces había tenido clavados en ella con alguna insistencia, y me entretuve en ver pasar a través de los cristales, y sobre una faja de terreno oscuro y monótono, ya las blancas nubes de humo y de chispas que se quedaban al paso de la locomotora rozando la tierra y como suspendidas e inmóviles, ya los palos del telégrafo, que parecían perseguirse y querer alcanzarse unos a otros lanzados a una carrera fantástica [...]

La vista se me fatigaba de ver pasar, eterna, monótona y oscura como un mar de asfalto, la línea del horizonte, que ya se alzaba, ya se deprimía, imitando el movimiento de las olas.⁴⁷

o a los propios compañeros de viaje, de entre los que sobresale el cruel retrato del *touriste* inglés:

Haciendo *vis-à-vis* con el aya francesa, y medio enterrado entre los almohadones de un rincón, como viajero avezado a las noches de ferrocarril, estaba un inglés alto y rubio, como casi todos los ingleses, pero más que ninguno grave, afeitado y limpio. Nada más acabado y completo que su traje de *touriste*; nada más curioso que sus mil cachivaches de viaje, todos blancos y relucientes; aquí la manta escocesa, sujeta con sus hebillas de acero; allá el paraguas y el bastón con su funda de vaqueta, terciada al hombro la cómoda y elegante bolsa de piel de Rusia. Cuando volví los ojos para mirarle, el inglés, desde lo alto de su deslumbradora corbata blanca, paseaba una mirada olímpica sobre nosotros, y luego que su pupila verde, dilatada y redonda, se hubo empapado bien en los objetos, entornó nuevamente los párpados, de modo que, heridas por la luz que caía de lo alto, sus pestañas largas y rubias se me antojaban a veces dos hilos de oro que sujetaban por el cabo una remolacha, pues no a otra cosa podría compararse su nariz.⁴⁸

Nada más disonante, para el Bécquer viajero-poeta-soñador que este incipiente turista. Es muy curiosa esta temprana oposición -que seguirá hasta hoy- entre viajero y turista. Y muy curioso asimismo -por infrecuente- ese rechazo del ferrocarril⁴⁹, cuyo descubrimiento fue muy celebrado precisamente como aliado del viaje, en tanto que propició la aparición del viajero propiamente dicho (el hombre que viaja por el gusto de viajar y no por razones de estado, sean éstas políticas, diplomáticas o educativas). Tal modo de viajar chocaba frontalmente con el del Bécquer viajero-fabulador. En primer lugar, servía para "fabricar turistas":

Desde que el camino de hierro ha puesto la ciudad imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año y de una manera sensible el número de viajeros que acuden en esta época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su Semana Santa.⁵⁰

pero éstos "visitan casi todos con infalible entusiasmo, aunque pocos con verdadero provecho..."⁵¹, pues es imposible contemplar y sentir el espíritu de un paisaje, unas gentes, un arte, unas creencias, por la vía de la inmersión o del trasplante veloz:

El viajero que, conducido en el tren de Madrid, cambia por completo de decoración en menos de tres horas y se encuentra en Zocodover con tan extraña procesión de figuras, que parecen arrancadas de un tapiz antiguo, nada de particular tiene que la encuentre algo fuera de época, y pareciéndoles poco menos que ridículos los penitentes con sus altas cape-

ruzas negras, los rostros cubiertos por el antifaz y las inmensas colas tendidas por el suelo, los soldados de la escuadra, que más bien que guerreros vestidos de sus arreos de batalla parecen, vistos a la luz del día, maniqués ambulantes que arrastran aún trabajosamente y como por escarnio las colosales piezas de hierro de las arrinconadas armaduras de otra raza membruda y gigantesca. Hasta las imágenes de las andas pueden parecer a un purista en las artes de un realismo tal, que casi degenera en lo grotesco. No lo extrañamos, volvemos a repetir. Cuando se cambia súbitamente de atmósfera, el pulmón experimenta cierta fatiga hasta acostumbrarse. La inteligencia vive en un medio intelectual que no puede tampoco cambiarse de improviso sin que experimente alguna perturbación."⁵²

El ferrocarril era un instrumento de la uniformización que el poeta tanto criticó, un claro aliado del Progreso y, por consiguiente, un enemigo y un obstáculo para los propósitos del Bécquer folklorista y fabulador:

...A medida que la palabra vuela por los hilos telegráficos, que el ferrocarril se extiende, la industria se acrecienta y el espíritu cosmopolita de la civilización invade nuestro país, van desapareciendo de él sus rasgos característicos. . .⁵³

Razones político-ideológicas y estéticas explican la actitud becqueriana. Aun así, aun a pesar de los tiempos que corren, Bécquer se mostrará siempre partidario del viaje y se quejará de lo poco dados a él que somos los españoles⁵⁴, incluso del más frívolo de todos ellos, las vacaciones estivales:

Viene ya de antiguo la manía de censurar las emigraciones veraniegas que durante cierta época del año desparraman la población de los grandes centros por las costas y los pueblos de la Península. Por nuestra parte creemos que esta costumbre o moda, o como quiera llamársele, es más digna de alabanza que de censura.⁵⁵

Y lo es porque la circulación de gentes "trae como consecuencia natural la circulación del dinero, y, lo que es más importante, la de las ideas". Enriquecimiento es la consecuencia fundamental del viaje: material, físico y espiritual porque viajar proporciona placer y reposo, rompe la monotonía cotidiana, ofrece emociones y sensaciones -fuentes de poesía, recuérdese-, "varía el curso de las ideas"⁵⁶ y enriquece la imaginación.

NOTAS

1. Mas también en las *Rimas* pueden apreciarse ecos o vestigios de las actividades de Bécquer en tanto que viajero. Pienso, sobre todo, en las rimas XLV, LXVI, LXIV y LXXVI.
2. BÉCQUER, "Mi conciencia y yo" (*Ensayos y esbozos*) en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1961¹⁰, p. 793.
3. Por citar tan sólo un ejemplo, R. P. SEBOLD ha llamado la atención sobre el análisis del proceso creativo que encontramos en los cuentos sobrenaturales de Bécquer, reflexiones autocríticas que permiten estudiar "el concepto becqueriano de la poética de lo fantástico" en el sentido etimológico y clásico del término: "descripción o análisis de la *poiesis*"-. Por ello, como método propone guiarse "por las ideas del propio Bécquer sobre el género estudiado" (*Bécquer en sus narraciones fantásticas*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 9-15).
4. BÉCQUER, *Desde mi celda*. Edición de Darío VILLANUEVA, Madrid, Castalia, 1985, pp. 128-129.
5. Rubén BENÍTEZ, *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Gredos, 1970, p. 85.
6. BÉCQUER, *Historia de los Templos de España*, en *O. C.*, ed. cit., p. 975.
7. El caso más extremo lo encontramos en la primera entrega (San Juan de los Reyes), donde paso a paso se estudian y analizan el ábside, los pilares y los arcos torales, la torre y la bóveda de la intersección del crucero, las tribunas de los pilares torales, etc.
8. Y así, en los primeros párrafos de la segunda entrega "Basílica de Santa Leocadia (vulgo El Cristo de la Vega)"-, leemos: "Determinados por estas razones a colocar la descripción de la basílica en el segundo de la serie de artículos en que nos ocuparemos de los edificios religiosos de la capital de la vieja Castilla, señalamos el día que debiera destinarse a estudiarla artísticamente, supuesto que ya habíamos recogido los datos más indispensables para trazar el cuadro histórico de su fundación, restauración y vicisitudes. Llegado que hubo éste, pusimos por obra nuestro propósito, y fue tan profunda la impresión que su vista nos produjo, levantándose en nuestra imaginación pensamientos tan melancólicos al mirarla aparecer entre los oscuros cipreses que la rodean, que antes de entrar en los pormenores, siempre prolijos, de su historia, antes de levantar sobre su planta la descripción matemática y fría de sus ornamentos, decidimos ofrecer a nuestros lectores una ligera relación de nuestra primera visita al humilde santuario que, medio oculto entre las copas de los árboles que prestan sombra a su peristilo, parece dormir al sordo murmullo del Tajo, que corre por la ancha vega, donde se le ve recostarse sobre un tapiz de verdura." (G. A. BÉCQUER, *Historia de los Templos de España*, en *O. C.*, ed. cit., p. 907). Y a continuación inicia un relato en el que el poeta es el viajero solitario y ensimismado en la contemplación. Salvo en este caso, tan sólo volvemos a encontrar otras dos leves transgresiones en los inicios de los artículos "Nuestra Señora del Tránsito" y "Parroquias mozárabes", ambos con un arranque claramente novelesco (legendario), aunque después los textos se ciñen a la crónica y a la descripción artística.
9. Sobre este aspecto es útil consultar el estudio de Jesús RUBIO, "El viaje artístico-literario: Una modalidad literaria romántica", en *Romance Quarterly*, 39-1, febrero de 1992, pp. 23-31.
10. BÉCQUER, "Tres fechas", en *O. C.*, ed. cit., p. 397.
11. BÉCQUER, "Castillo Real de Olite", en *O. C.*, ed. cit., p. 1065.
12. BÉCQUER, "Sepulcros de los condes de Mérito en Toledo", en *O. C.*, ed. cit., p. 1090.
13. Son continuas las referencias a esta cuestión. Los espacios, naturales o artísticos, bastan para reconstruir un cuadro de época o para creer en la autenticidad de los héroes que la tradición ha preservado. Un buen ejemplo de ello se encuentra en "Castillo Real de

Olite" (*O.C.*, ed. cit., pp. 1067-1068 especialmente).

14. "Recorriendo sus extensas naves bañadas por la claridad tenue y misteriosa que penetra a través de las caladas ojivas, deteniéndose a contemplar los objetos de arte acumulados en sus recintos, o repasando en la imaginación las antiguas memorias que despiertan los nombres de los ilustres personajes que duermen el eterno sueño de la muerte bajo sus santas bóvedas, el artista, el arqueólogo y el historiador, encuentran ancho campo para sentir y estudiar" (G. A. BÉCQUER: "Sepulcro de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona", en *O.C.*, ed. cit., p. 1076.).

15. BÉCQUER, "Una calle de Toledo (La Iglesia de San Román)", en *O.C.*, ed. cit., p. 1092.

16. "La hora en que se ve la luz que recibe o el horizonte sobre que se dibuja, modifica hasta tal punto las apariencias de un mismo objeto, que sería difícil fijar su verdadero carácter aislándolo del fondo que lo rodea o contemplándolo desde otro punto de vista del que le conviene." ("La picota de Ocaña", en *O.C.*, ed. cit., p. 1097). Una buena muestra de la aplicación de lo teorizado aquí se encuentra en el artículo "El Castillo Real de Olite", donde se contrasta la imagen del mismo "cuando el sol brilla y perfila de oro..." con la imagen del castillo "cuando el crepúsculo baña las ruinas con un tinte violado..." (*O.C.*, ed. cit., p. 1068).

17. "...todo es cuestión de la distancia a que se miran [estos pueblecitos tan pintorescos], y la mayor parte de las veces, cuando se llega a ellos, la poesía se convierte en prosa." (G. A. BÉCQUER: *Desde mi celda*, ed. cit., p. 120).

18. Así, por ejemplo, el monasterio de Veruela, cuya fundación "va unida a una de esas poéticas leyendas tradicionales de los siglos remotos", ofrece ancho campo a la fantasía del poeta, mientras que los rasgos de su historia y la descripción de los tesoros arquitectónicos que contiene ofrecen ancho campo al estudio del arqueólogo y del historiador. Véase "El monasterio de Veruela en Aragón", en *O.C.*, ed. cit., pp. 1070-1075.

19. BÉCQUER, "Una calle de Toledo (La Iglesia de San Román)", (1870), en *O.C.*, ed. cit., p. 1094.

20. "Tres fechas", en *O.C.*, ed. cit., pp. 394-395.

21. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 135.

22. BÉCQUER, "Castillo Real de Olite", en *O.C.*, ed. cit., p. 1068.

23. BÉCQUER, "Enterramiento de Garcilaso de la Vega y su padre", en *O.C.*, ed. cit., p. 1088.

24. BÉCQUER, "Un tesoro", en *O.C.*, ed. cit., p. 803.

25. R. P. SEBOLD, *op. cit.*, p. 11.

26. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 143.

27. BÉCQUER, "Enterramiento de Garcilaso de la Vega y su padre", *op. cit.*, p. 1083.

28. BÉCQUER, "Tres fechas", *op. cit.*, p. 389.

29. BÉCQUER, "La fe salva", *op. cit.*, p. 420.

30. BÉCQUER, "La mujer de piedra", en *O.C.*, ed. cit., p. 813.

31. "Fuera de camino, ya trepando de roca en roca, ya siguiendo el curso de una huella o las profundidades de una cascada he vagado tres o cuatro días de un punto a otro, por donde me llamaban el atractivo de la novedad, un sitio inexplorado, una senda accidentada, una punta al parecer inaccesible" (BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 134).

32. BÉCQUER, "Enterramiento de Garcilaso..." en *O.C.*, ed. cit., p. 1085.

33. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 135.

34. "La novedad de los tipos, los trajes y las costumbres [...] eran causa más que bastante a producirme ese aturdimiento que hace imposible la percepción detallada de un objeto cualquiera. Mis miradas, vagando de un punto a otro, sin cesar un momento, no tenían ni

- voluntad propia para fijarse en un sitio." (BÉCQUER: *Desde mi celda*, ed. cit., pp. 149-150).
35. BÉCQUER, "Roncesvalles", en *O.C.*, ed. cit., p. 1060.
36. *Ibidem*, p. 1060.
37. BÉCQUER, "Enterramiento de Garcilaso...", en *O.C.*, ed. cit., p. 1085.
38. BÉCQUER, "Campesino del Burgo de Osma", en *O.C.*, ed. cit., p. 1251.
39. Véase la introducción a su edición de las *Desde mi celda*, op. cit., p. 19.
40. *Centenario de Bécquer. Ensayo crítico sobre las "Cartas desde mi celda"*, Murcia, Universidad de Murcia, 1936, p. 15.
41. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 103.
42. Véase M. P. DÍEZ TABOADA: "Con Jovellanos y Larra en la diligencia de Bécquer", en *Actas del Congreso "Los Bécquer y el Moncayo"* celebrado en Tarazona y Veruela, en setiembre de 1990, Zaragoza, Centro de Estudios Turiasonenses-Institución Fernando el Católico, 1992, pp. 319-329.
43. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., p. 97.
44. BÉCQUER, "Caso de ablativo", en *O.C.*, ed. cit., p. 1035. Nótese en esta cita las dos o tres incongruencias sintácticas.
45. *Ibidem*, pp. 1033-34. El subrayado es mío.
46. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., pp. 87-88.
47. *Ibidem*, p. 93.
48. *Ibidem*, pp. 89-90.
49. Sólo he encontrado en BÉCQUER una referencia que parece apuntar a lo contrario, si bien muy imprecisa: "...deplorando que aún no estuviese concluída la vía férrea me encajoné en un vehículo..." ("Tres fechas", en *O.C.*, ed. cit., p. 389). Sobre este aspecto del tema, véase L. LITVAK, *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1991.
50. BÉCQUER, "La Semana Santa", en *O.C.*, ed. cit., p. 1265.
51. *Ibidem*, p. 1267.
52. BÉCQUER, "La Semana Santa en Toledo", en *O.C.*, ed. cit., pp. 1268-1269. Azorín pensaba de igual manera: "Hoy podemos hacer un viaje de 600 kilómetros en una noche. ¡Qué delicia! ¡Qué comodidad! Antaño se necesitaban dos o tres días para recorrer esa distancia. Pero lo que podemos hacer en doce o catorce horas, ¿por qué no hacerlo en dos? Y cuando lo hagamos en dos ¿qué habremos resuelto? Tomando como metro para medir la vida moderna los viajes, podemos juzgar de la vertiginosidad de las sensaciones en los días presentes. Multiplicándose la velocidad en las impresiones, ¿qué haremos de la contemplación estética, de la reflexión, del repliegamiento de la personalidad sobre sí misma, de la *autonomía individual*, en una palabra?" (AZORÍN, *Andando y pensando*, en *O.C.*, t. V., Madrid, Aguilar, 1960, p. 119).
53. BÉCQUER, *Desde mi celda*, ed. cit., pp. 138-9.
54. "Nuestros viajeros son en muy corto número, y, por lo regular, no es su país el campo de sus observaciones." (*Desde mi celda*, ed. cit., p. 142).
55. BÉCQUER, "La segadora", en *O.C.*, ed. cit., p. 1241.
56. Idea que vuelve a repetir BÉCQUER en "La vuelta del campo", en *O.C.*, ed. cit., p. 1243.



Ramón Rodríguez Correa